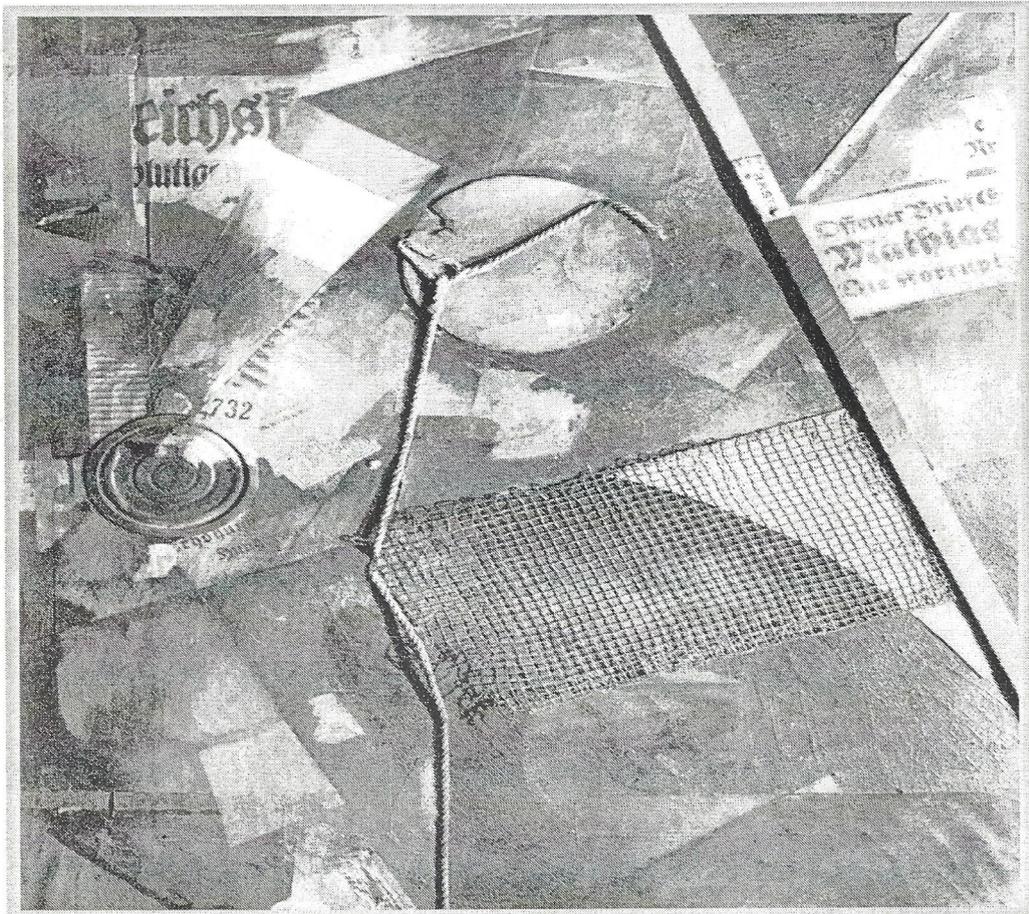


157

ENSUEÑO INDESCIFRABLE

Nº 5 Abril de 1999

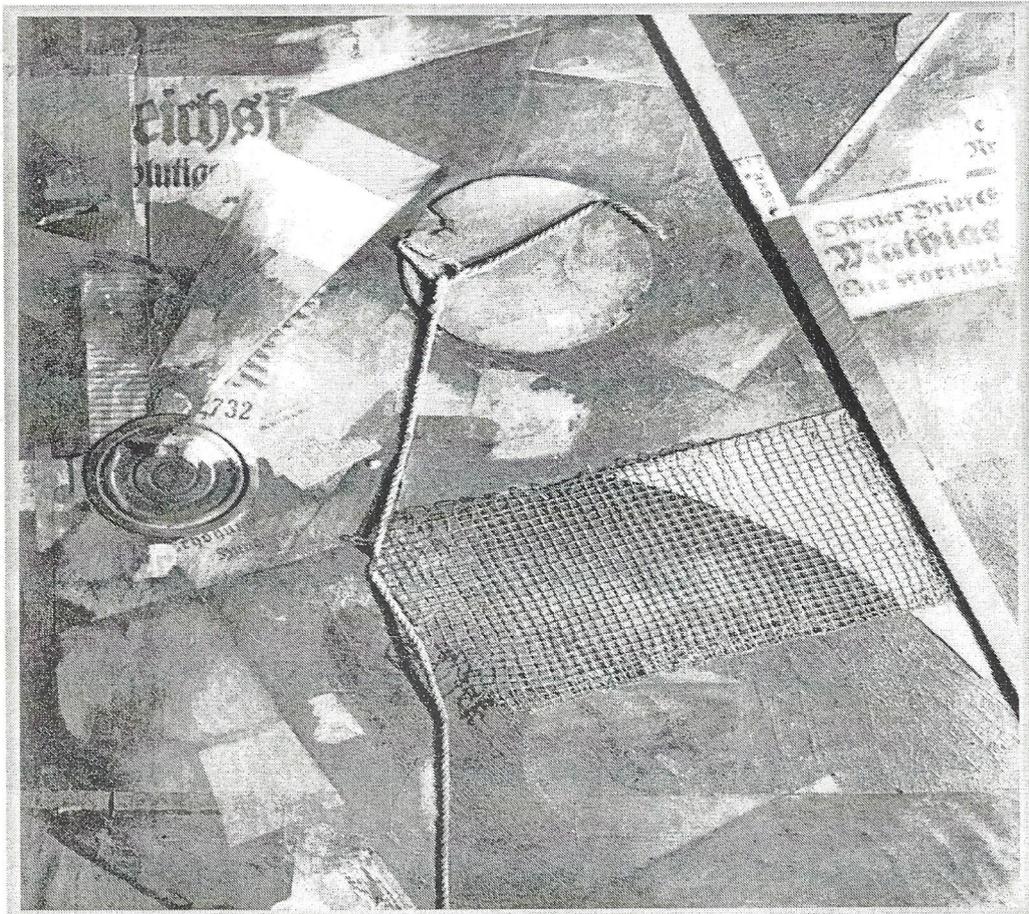


"Necesitamos obras fuertes, directas, precisas
y que esten más allá de todo entendimiento"

157

ENSUEÑO INDESCIFRABLE

Nº 5 Abril de 1999



"Necesitamos obras fuertes, directas, precisas
y que esten más allá de todo entendimiento"

"A la inocencia y a la cólera de unos cuantos hombres futuros
corresponderá separar del surrealismo
lo que no puede dejar de estar todavía vivo
y devolverlo a costa de un buen pillaje
a su objetivo propio"

André Breton

"Sólo hay palabras
y palabras que pueden significar algo distinto
de lo que dicen en realidad"

André Breton

En-sueño Indescifrable (Drama sin importancia)

1era. Escena: Pasamayo 4:30 a.m.

"Atmósfera solar" - Aquella madrugada el vértigo acariciaba su rostro. El había encontrado el SILENCIO perfecto en el lugar perfecto, pero la tormenta gritó: "Escribir : Alimentar heridas para esconder al silencio"

A miles de kilómetros
la distancia circular de naturaleza corrosiva
iluminaba ecos de silencio.
- Ignórame, MI VOZ NO EXISTE.

2da. Escena: Barranco, seis de la tarde

Ella, completamente ausente, con la mirada en el océano, con su cabellera de redes en la danza de las luces y desnuda de silencios. Su cuerpo gira lentamente como el vacío inevitable de la sombra, la música navega en el aire circular; su voz dice: "Quiero navegar en el mar de los árboles en el ombligo de serpientes"

él comprende
y se aleja lentamente / para no pensar en la soledad.
- Adiós, ya es tiempo de vivir entre nosotros.
En la soledad del océano, el cadáver de un tigre
en la verdad crepuscular.

3era. Escena: En el desierto 11 am.

"Me amo demasiado que no me comparto con nadie" -solo, en aquél desierto, la voz de su interior.
El sonrío, "Las palabras sirven para...
Silencio, la memoria se levanta, gotea sangre y su mirada siempre, atravesando la tristeza del viento. Tiene miedo de gritar lo que solamente es una puerta. "La palabra: Frágil universo que nadie se atreve a descubrir. La palabra... falso paraíso para la verdad". Entonces su voz desaparece, como la verdad inevitable de los cuerpos. "Adiós manantial insostenible, alimentaré la sed de los desiertos"
Bella ciudad de sueños y serpientes, el tiempo y la distancia del poema forman una visión sin atmósfera; se desliza en la superficie de los vientos y se aleja para no pensar en el tiempo efímero de la verdad.

4ta. Escena: La casona de San Marcos 2 am.

- Si no hay magia ¿Para qué sirven las experiencias?
- Para respirar TU VIDA incertidumbre de las sombras.
- ¿Realmente crees que la muerte es la única verdad que nadie recuerda??
- Primero responde ¿Eres el manantial irracional de atmósfera solar??
- ¿Para qué? la muerte duerme en otros brazos.
- No, la poesía duerme en la muerte de los brazos, pero yo sigo pensando en la luz de las estrellas que nunca nos ven llegar a...
- Silencio, el universo escribe la vida de los universos -en ese momento una voz grita: "Respira la humedad de las nubes y regocíjate", él poseído por la fugacidad de los acontecimientos dice: El deseo SE LIBERÓ para crearte, diamante sideral de la memoria, sin embargo nunca será demasiado tarde PARA mantener a los cuerpos en el aire, pero ¿Otra vez volver a dormir, soñar y olvidarte??
- Adiós, que la piedra, LA MULTITUD de los acantilados y el sonido de las aves.
Él sonrío "¿Estás evitando la palabra que yo no puedo pronunciar??"
Entonces la sed del universo desaparece
para comprender la superficie musical de los inolvidables días.

EPILOGO: ¿Era la vida experiencia vital o muerte inevitable de silencios?

1 y 27 de Octubre de 1998 - Febrero de 1999

Dimensión de los Ecos.

recordando la impresión que guardaba del momento del encuentro. Con todo, aquella vez, la corriente pasó. De ahí que hubiera otros encuentros, hasta el «último», de agosto o septiembre de 1955, también evocado en los versos de *No hay sombras allí*: Moro «poco antes de morir», «completamente vestido sobre su lecho», «ya en viaje» «en su mansión de náufrago».

Si, a pesar de cuanto los distinguía y en el tráfico diario los oponía, Moro y Molina pronto coincidieron, ello se debió a su idéntica pasión por la Poesía mayúscula, una poesía fraguada asimismo en la pasión, más rabiosa en Moro, más lasciva ->incierta-> en Molina, único «hilo de Ariadna» susceptible, de cualquier modo, de transmitir «la desesperación, el fragor estéril de las simulaciones, la ceguera que inmoviliza en el Laberinto.»

Yo, por supuesto, intervine en el diálogo. Era el benjamín, aún bastante novel. Enrique empezó a decirme «nene», «Andresito» -diminutivos con los que me seguiría llamando, por más que transcurrieran meses y decenios.

De hecho, en 1950 Molina estuvo poco tiempo en Lima. Regresó en 1951, después en 1953, en cada caso por largas temporadas, de cerca de dos años la segunda. Vivió con la «china Guzmán»; entabló un romance tórrido con Rosa Alarco, la «rosa de fuego» del mexicano Gilberto Owen; sin privarse de encuentros furtivos, algunos increíbles, hasta insensatos, de los que me hacía confidente, escondiéndoselos a Moro porque temía sus «fuetazos» *inquisitoriales*. En 1954 trabajaba en una imprenta, lo que dio por resultado que César publicara su primer título: *Trafalgar Square*, y yo mi primero: *L'Absence a habiter*.

Corrieron dos lustros. Moro se había apagado, prematuramente, en enero de 1956. En otro enero, de 1965, pasé a trabajar en Buenos Aires, donde iba a quedarme hasta diciembre de 1968. Molina había regresado definitivamente a la Ciudad del Plata y estaba casado con Mery, mujer excepcional bajo todos los conceptos, junto a quien escribió sus poemarios más densos y de más «extrañas costumbres»: *Amantes antípodas*, de 1961, *Las bellas furias*, de 1966. A poco, yo me sentía tan próximo a ella como a él. Vivíamos a dos cuadras de distancia, en el mismísimo centro de la capital. Las más de las noches nos reuníamos en su extravagante piso de Uruguay junto a Maipú, antes de salir, bien en trío, bien yo solo con Mery o solo con Enrique. Por lo general, nos ceñíamos al rectángulo, tan caro a los porteños, situado entre Corrientes y la Plaza Libertador General San Martín en una dirección, Florida y la Avenida 9 de Julio en la otra. Raras veces seguíamos hasta Callao o las inmediaciones del Teatro Colón. Con Enrique «bajábamos» igualmente hacia Leandro Alem, sus restaurantes y sus bares, donde revivía la fiebre de su época marinera.

Mery tenía a su cargo el primer centro argentino de educación por el arte, que había fundado, tiempo atrás, con el «maestro» Batlle Planes. En el verano, de enero a marzo, dirigía en Mar del Plata una colonia vacacional para hijos de empleados de varias empresas importantes del país. A dicha colonia aluden las líneas iniciales

P.D. nue...; seim cepaz de
mandarme una foto tuya...?



Buenos Aires
Julio 26/93

P.D. Me iré a Chile por comisiones
se ha ido, pero no me por el tiempo establecido

Andrés querido:

Siempre he tenido tu imagen en mi alma, alguna de
sus versiones más concretas, más vivas, una con Mary en Mar
del Plata, en una mesa de la Colonia Venia de botellas.
No me consuelo haberte sobrevivido, a ella y a mis amigos
más queridos, tan bien muertos. Estoy casado con Genoveva
pero ahora me he enamorado de una Alquimista y mi vida es un infierno,
tengo una casa cerca del zoológico pero estoy por separarme y de nuevo estaré
a la deriva. En fin, este año es muy desdichado para mí. Pido el 1
año mal de salud, una maldita operación de venas llenas de quijarros
y flores secas y estoy perdiendo la fe en el instante, la única realidad
que me sostiene y ahora el mundo se ha hecho "cauterina"; donde
están los muchachos de entonces...? El calendario se ha prolongado
absurdamente, hace la vida del topo, apenas dos o tres amigos
y tú tan lejos, inalcanzable siempre, o tu secreto dueño del mundo
cuya compañía me falta. He pasado casi un año sin escribir, pero
puedo un libro ahora "Hacia una isla incierta", que te mandaré.
Tal vez pueda recuperarme, este planeta es cada vez más deslumbrante
y tantalico a medida que se hace más imposible y el deseo
se torna más profundo e irrealizable, la maravillosa frustración
de vivir. En Madrid salió una Autología en Visor, horriblemente llena de
coratas. Quisiera tanto tener tu conferencia de Barcelona. Estoy muy solo, la
verdad. Julio Ortega me habló de ti, tal vez en Octubre o Noviembre vaya a
México, aunque no tengo ánimo. Tus líneas donde bailan los popas me han
dado un poco de fe en el día, una inmensa alegría y tantos recuerdos,
te siento vitalmente ligado a mi vida y te quiero mucho como siempre. Un
inmenso abrazo de

Enrique el Tucúto

Si esta casa dare tengo un cuarto para tí y la jofa pa cerca. No me olvides del todo

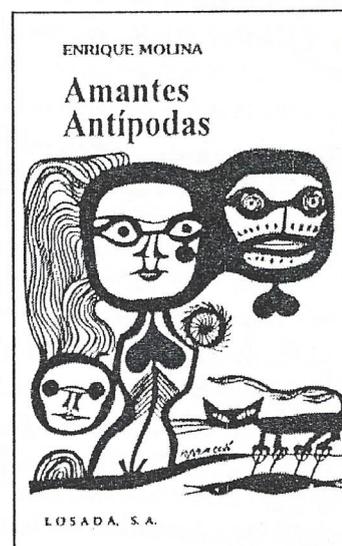
de la carta que aquí reproducimos.

Tan cariñoso con ellos cuando los tenía cerca, Molina nunca fue dado a mandarles noticias a sus amigos cuando el hado los alejaba. No bien dejé Buenos Aires para tomar a Europa -España, Portugal- y terminar mi carrera en Africa, mientras ella aún gozaba el sol y las lluvias del «planeta», mantuve una correspondencia con Mery. De Enrique sólo recibí, muy de tarde en tarde, alguna tarjeta postal, fuera de la carta adjunta. Esta me sorprendió, pues -si la ocasión era la charla que, respondiendo a un convite de Helena Usandizaga, había dado sobre su poesía en la Universidad Autónoma de Barcelona- me di cuenta, al leerla, que significaba mucho más: con su derroche de nostalgia, la urgencia de un desahogo, porque acababa de producirse un rompimiento -rotura, más bien- en su existencia, sus ansias de prolongar «la maravillosa frustración de vivir» luchando con la conciencia, inexperta en él, de que ya era irremisiblemente tarde, puesto que el cuerpo, por primera vez, no le correspondía.¹

Después de 1967 volví a ver a Enrique en Sao Paulo, en Lisboa y dos veces en Buenos Aires; la segunda en 1980, todavía en vida de Mery, de la cual se había separado tras cortar con ella a mediados de los 70 y contraer nuevas nupcias con Genoveva, para pasmo de ciertos amigos, pues, según la voz pública, ella encarnaba lo que su poesía, desde el principio, repudiaba: «la paciencia de las familias».

Lo cierto es que en 1980 se guardó de presentármela. Yo, naturalmente, me hospedaba en casa de Mery, adonde acudió él la noche en que brindó una cena a los más próximos de los nuestros: Olga Orozco, Alberto Girri, Enrique Pezzoni, etc. Reanudamos nuestros paseos por el centro. Ajeno a la novedad que había introducido en su vida, a solas conmigo, Enrique seguía siendo el Enrique de siempre: hechizado con los «ritos de la feminidad» que las calles no dejaban de descubrirle. «Andresito, mira, el ángel que acaba de doblar la esquina...». Antes de mirar, yo sabía, por haberlo probado desde Lima, qué tipo de «mujer de las antípodas», de «gran hembra constelada por un animalismo» que lo conducía «a la más pura idolatría» había introducido su exclamación.

El lector se hará una idea de lo que desisto de sugerirle si considera el dibujo que encabeza la carta. En realidad, se trata de los rasgos de un sello que Molina se confeccionó por los años 60 y, en adelante, estampó en sus misivas: arquetipo de cuanta mujer -carnal y disimulando sus alas- pudo, algún día, saciar, aunque fuera por espacio de un relámpago, su «fe en el instante», la «única realidad»



que lo sostuvo hasta que «el mundo» se le fue haciendo paulatinamente «fantasma».

Una tarde de julio de 1980, víspera de nuestra despedida en el camino de Ezeiza, me firmó un ejemplar de *Los últimos soles*, que acababa de dar a luz: «A Andresito, heraldo errante del Año Mil (...) con el profundo cariño que no dejará nunca de seguirlo por todos los lugares del mundo (...)».

En fecha similar del mismo mes de julio, a trece años de distancia, se sentaría a repetirme, por escrito: «Este planeta es cada vez más deslumbrante», pero con unas variaciones que nunca le había oído: «El calendario se ha prolongado absurdamente...», «Mi vida es un infierno...».

Me he enterado por terceros que su amor hacia la «Alquimista» no lo abandonó. Sea lo que fuere, tampoco llegó a «separarse» de Genoveva. Me escribe Pablo Narval, uno de los dos directores de la revista *El Jabalí*: «En los últimos tiempos era casi una sombra. Ya no ese marinero fuerte y apasionado que peinaba olas con los hombros.»

«Memoria y desamparo», concluye el poema que en *Las bellas Furias* ofreció a Francisca Sánchez, la «criada fosforescente» de su amado Rubén Darío.

«¡Francisca Sánchez, acompáñame!»

Notas:

1. Con respecto al hambre «tantálica», que no renunció a confesar, remito a mi *Prólogo a Amantes Antípodas y otros poemas*, primera antología de Molina que se editó en España, en Editorial Llibres de Sinera (Colección Ocnos), Barcelona, 1974.

André Coyné: Nació en 1927, crítico e investigador francés. Especialista en Vallejo y César Moro, narrador y sobretodo poeta. Publicó su primera plaquette en Lima en 1953 en la Editorial Tigrondine, Editorial fantasma que inventó César Moro, se llamó «L'absence a Habiter» que traducido es algo así como «la ausencia en donde hay que vivir», después publicó otros poemarios como «Nuit L'Orbite» y «Alibi a loup d'Augle».

En Octubre de 1966 publica «My life en español», poemas y dibujos en el sentido usual de la palabra que realizó basándose en textos de la revista Life que encontraba en todas partes por esa época. En 1967 publicó «Darío, Raro» un poema Collages publicado en Buenos Aires e inicia una etapa de experimentación. Otro poemario de ese tiempo se llama «Carta de Dos y Dios» que más que un poemario es un poema escrito dibujado bajo el efecto de unos hongos alucinógenos mexicanos, después siguió escribiendo y publicando entre París y Lisboa otros títulos como «Sept Toits du Toi, Mieux Le Loir» y «Loup de Moi».

En Setiembre de 1998 fue incorporado a la Academia Peruana de la Lengua. Actualmente prepara para la colección archivos de la UNESCO la obra completa de César Moro.

EXAMEN DE LA LLUVIA

LA CORRIENTE EL ASTRO LA ASTUCIA DE LA LLUVIA HACE
girar sus hélices descubre sus altares de travesía
donde canta la alquimia cuando pasa de pronto una
confesión de tierras y axilas oceánicas de fangos de
piel de reverbero y de saurio y alza su máscara de
nubes y helechos en el centro blanco del olvido
con el fulgor de la marea en el torso sudado del estibador
en la bodega del trópico y ese teclado irresistible
de pájaros que expanden su alcohol de fuga
en todos sentidos
esos altos velámenes que silban en el día
esas gargantas y senos y espaldas con la miel de la
noche cuando se desnuda como una loca en la luz
de todas sus ventanas errantes para la belleza
salvaje de la tierra!
¡Lluvias! Tensas como la geometría
verdes como la dicha de los bosques
buscadoras de muertos y de tesoros vagos
propalando el paisaje como un vicio del alma
una droga cuyo perfume enerva a las sirvientas
insomnes de la estación
que lavan cada hoja del instinto cada ademán
cubierto de pronto de aguas y balidos
cada rostro con la herida del cielo
donde fluye su aceite misterioso el totem vivo de la
tristeza corazón de piragua
y de tan lejos la lámpara del hotel a través del follaje
y de tan lejos un halo de sábanas que se entreabren
con una pereza de sierpes de caricias
con un poderío de mulatas que emergen de la siesta
idiomas orgullosos espacios armados de gruesas
flores vagabundas
rememorando en sueños la manzana pálida de la convalecencia
el humo tierno y pobre que exhalan los lugares taciturnos
de la memoria.

Poema del Libro: «Amantes Antípodas» 1961

NO HAY SOMBRAS ALLI

A André Cayrol

A solas en la sed del gran sol negro
sólo para él idéntico al sol de todos en el viento de las islas
César Moro

Era de noche cuando lo conocí tal vez sería su casa

La luz frontal

de una lámpara
me enceguecía

El Gran Inquisidor

interrogando hasta el fondo de su entraña
a todo ser y cosa de este reino -su mundo-
arena y sol eternos del Perú

Más allá

de la sórdida baba del día de los muertos
la antorcha de gaviotas
su juramento nunca roto de meteoro del sueño su secreto
poder inmemorial
de atravesar los muros la luz pura del desdén
aura de fruta de paraíso arcaico
devuelta por las olas
y la última vez que me encontré con él en carne y hueso
y llamada de vida palpitante
poco antes de morir
completamente vestido sobre su lecho en viaje
como Rimbaud sobre las angarillas a través del infierno
en su mansión de naufrago
el piso prolongado por el talud marino cubierto de retratos
y corbatas
hasta el sordo movimiento horizontal de las nubes remotas.

La habitación atravesada siempre por una gran corriente
de alcatraces
la cafetera y el oro desenterrado vivo
del rescate para pagar la muerte
el hervidero de su voz de vértigo
una costa caliente

sin olvido

Tierra minada por su voz humana

perdido reaparece
en los brazos eternos de la noche de las caricias
en las grandes mutaciones aladas
pasan de un reino a otro los amantes
un trago de pisco un rugido de espumas ávidas
la hermosa ira del amor sin perdón
un conjuro o un canto atronador de grandes piedras
entrechocadas sin fin en la bahía
las mandíbulas roncadas del océano
la delicia inaudita del amor hasta su último refugio.

Tan delicada es toda lejanía tan implorante
envueltas en vendas
las vendedoras de pescado frito en la escollera
las azoteas con balustradas de madera de insomnio

Lima de la memoria
una segregación lasciva
de escapularios y caderas viciosas reverberando entre
las oraciones
el redoblar de crótalo adánico del tambor
el «cajón» bajo las palmas negras
tanto tiempo
yo estaba entre las fauces errantes del amor
sobre senos torturados por un río de plumas
te veía pasar el más puro hasta siempre
el más desnudo
en tu gran habitación de sal gema
con una mirada burlona a través de los hilos dorados
de la muerte
con el cetro del día

César Moro
en el enigma de la avalancha
tu fabulosa tortura de salir de la jaula
el gran filtrado por los pájaros
has devorado tus plátanos de la isla y tu seviche de
Guermantes
en todas direcciones el sabor de la vida
con tus labios oscuros

un clima vagabundo
Lima
resucitada de la costa

LA SOMBRA DEL AVE DEL PARAISO

(Traducción: E. Rivera Martínez)

Y yo repetía en sueños: «Cuán hermosa era». Hermosa hasta confundir los árboles con las nubes, la lluvia con el ave del paraíso, y el árbol del ave del paraíso con una mano posada para siempre sobre la tierra. La tierra no era ya laborable sino vastamente un simple olor de tierra al acercarse la tormenta, y tenía por cierta al ave misma. En su leve sombra saltaban unos minúsculos fuegos fatuos que traían sin cesar a la memoria el nombre adorado y victorioso, tu prodigioso nombre de langosta negra exornada de diamantes o caprichos de sangre todavía caliente. El amor había acabado; abatido en territorio enemigo no pensaba ya en defenderse, como hendido en cuatro, y todo el oro del mundo no habría prevalecido sobre su hálito exhausto pero vencedor. Un hilo de sangre muy fino corría de sus sienas o de un árbol en forma de amor (no puedo acordarme); y solamente una reja evocaba nuestra tardía permanencia en el mundo. Era de noche, un sol atrasado reingresaba dulcemente en su negra concha. El viento abrumado de injurias se veía muy mal entre los helechos desenfrenados y obsesivos, portando cada uno cintas de colores menos que discretos; cada uno había dormido fuera la noche precedente, por lo cual se mostraban ojerosos, como se supone deben estar las muy bellas prostitutas en busca de carbones y otras vanidades al día siguiente de sus nupcias con el diablo disfrazado de apuesto mozo de carnicería. Mas ella era hermosa, tan hermosa que los gatos aullaban y se lanzaban al agua ante su tranquilo paso, tal como la actividad de una ametralladora del modelo más perfeccionado. Había tigres en todas las ramas y escupían bellas coronas de perpetuas en sangre caliente, goteante, retenida por telas de araña frenética y atacada por convulsiones de primer grado. Bellas convulsiones que os sacuden hasta los fundamentos sin dejar traslucir nada, excepto una pequeña marca azulada y verduzca, según la disposición vertical u horizontal del espectador asido a una de las ubres enormes de un hipopótamo hembra disfrazado de ternera cubierta con oro ardiente, un oro líquido tan semejante, que uno podría equivocarse, a la más hermosa mierda del mundo antiguo. A los cautivos no les importaba ello en absoluto, y continuaban tejiendo sus trenzas, aullando de vez en cuando, dulcemente, para renovar su virilidad desfalleciente al aproximarse el crepúsculo, encaminándose rápidamente a su punto capital, fácil de reconocer por toda clase de quejas que a esa hora exhalan los más feroces tiburones en serenidad majestuosa, plena de una tan conmovedora dignidad erótica y ampliamente diáfana y tornasolada como corresponde a los carniceros de aguas primeras. Ningún ruido en torno a la caída de lágrimas de un tamaño inusitado, lágrimas centenerarias que se acumulaban por la fuerza del

espíritu muy por encima de las ciudades ya abandonadas felizmente, solitarias y lúgubres en extremo. El más pequeño de los niños habría podido circular en medio de bellas avenidas sin hacerse atropellar ni verse expuesto a las miradas más o menos inocentes de los adultos, ni temer sus caricias plenas de ese venenoso placer que destila hasta la punta de los dedos un perfume inolvidable y divinamente malsano en las relaciones de los adultos con los niños más adorablemente perversos que víboras de primer veneno celeste. La noche maullaba como una gata mientras su macho desconocido la acosaba con las más agradables e inmundas caricias; arrastraba ella por el suelo una fértil cabellera, y extendida cuan larga era, ocultaba los cuerpos retorcidos en el éxtasis de ofidios sodomizando las más bellas tortugas de caparazones color de tierra seca. Un ruido continuo de agua corriente impedía vendar, un deseo insostenible de llorar oprimía la garganta con follaje y rocas para la interminable caída de un suicidio sin fin. Debía comenzarse de nuevo, olvidando cerrar las puertas un jabalí arrastraba los retratos de familia y una imagen, la más apreciada de todas, imperaba entre sus cuernos color de loza. Los limones pedían la ayuda inútil del viento para caer justamente sobre el sexo de una mujer absorta bajo un árbol móvil y parlante, que la amenazaba con todos los nombres que dicta la ternura: «Ven, mi victimaria, ven a escuchar mi sangre que hierve para tomar así el nombre de savia, ven alcaloide mío, caduco y ebrio, a comer mis raíces terrosas y llenas de hormigas; los leones frotan su corteza contra mi piel rugosa, tú puedes desenredar tus pelos con los relieves de mi corteza; oh asesina, concede tu piel y cuelga tu cabeza de durmiente en mis ramas cubiertas por los más leves excrementos de pájaros. He soportado una noche entera el cadáver del pájaro más conmovedor que existe en el mundo y vive en el mar: una tortuga velluda como un ángel pasó toda la noche bajo mis ramas, la noche de su muerte en el aire y de su entrada en las olas que la respetan como madre de toda magnitud de movimiento que pueda exhibir el mar».

De rato en rato un suspiro violento como una piedra atravesaba la obscuridad; ciertos seres hilaban su última noche sin estremecerse antes de arrojarse con una honda esperanza de reposo bajo el paso apagado de una locomotora nocturna. Nada sino una sonrisa en la naturaleza, la tierra sentía abrirse su vientre, y algunos hombres, presa fácil del insomnio, declaraban con los ojos abiertos haber escuchado algo como una prolongada caída en lo más recóndito de su humoso cerebro; y nadie pensaba ya en el pasaje misterioso de la marta doble del amor. Dejaba ella colgar sus entrañas y decía a quien quería escucharla: «Mi esposa era bella, pero un día cayó su moño al suelo y la tierra retrocedió presa de espanto; he debido morderla yo misma con todas mis fuerzas, sin lo cual se habría quejado todavía de la variabilidad del tiempo y de los accidentes imprevistos que os decapitan una marta o una golondrina, transformándolas súbitamente en colchoncitos para enfermos de la vejiga; colchoncitos excelentes para el tratamiento de la orina megalómana, si se

toman los colchoncitos de golondrina, y solamente los colchoncitos de golondrina, mezclados con piedra en polvo y pimienta salpicada con algunas gotas de sangre de perdiz. Ninguna respuesta podía levantar su moño de piedra, heme pues viudo del moño y sin poder cubrir ya a mi adorada mujer del moño ligero y abatiente». La marta debió alejarse seguida por una horda de monos que se masturbaban sin pausa y sin querer oír otra historia que la del zapatero y de su mujer que fueron encontrados asfixiados y atados al pie de su lecho nupcial.

A decir verdad nada podía hacerme llorar más que la aparición brusca de este caballo vacío, portaba una espuela luminosa sobre la frente, y su andar desarrollaba una leyenda: «No toquéis a los muertos, su espuma es más pura que mi sombra sobre la tierra; adiós troje divino y adorado en edad remota. Yo parto, mas tú volverás a encontrar mi relincho como una flor tenaz en el fondo del cubo que te sirve de sombrero. ¡Adorado sombrero abandonado! todas las desventuras me persiguen desde que no veo la torre puntiaguda de la ventana que yo había abierto, con ayuda de una de tus uñas, a lo largo de mi pecho. Adiós ventana amada, olvida incluso las cenizas de tu tierno caballo, adiós caballo, y tú, más profunda que la mirada de una nutria reseca, adiós, veneno de mis noches. Quiero, sobre mi tumba, esta inscripción: «Un caballo que se extravió en el bosque en una mañana más despejada que de ordinario. Escupid sobre él, sobre todo tú, escupe hasta perder el conocimiento: yo no soy más que un caballo pero mi ventana está abierta y tu saliva es pasto de las estrellas. ¡Escupe, estrella fugaz!» Luego de la aparición del caballo y de su leyenda todo el mundo cayó en una terrible melancolía, sin saber si se debía atribuirle a la aparición del caballo o al ruido armonioso, escuchado algunos minutos antes, de la risa feliz de dos muchachas a las que acababa de arrastrar la corriente; no obstante, todos estuvieron de acuerdo en participar de la pena que, como una culebra, se insinuaba por doquiera.

Nada sensacional turbó nuestro reposo, todo era sereno, como si la tierra no hubiera sido más que un inmenso avispero, un nido de escorpiones donde el más dulce de ellos os escupe al cerebro después de haber orinado largamente a lo largo de vuestro camino. «Vete, podrido, vete. La tierra debe borrarte de entre los vivos; escupo sobre ti y sobre tu progenie de larvas». Y acompañando la palabra con los gestos peó y escupió. Pero la hembra del canario que había oído todo comenzó una canción reprobatoria muy adecuada para condenar la fea acción de la escolopendra malhechora: «Oh tú, escorpión querido, ¿por qué arrojar tu saliva sobre semejante basura, escupe sobre mí, escorpión de adelgazados dientes, sodomitas, escupe sobre mí escorpión... Aunque hembra de un verdadero canario te maldigo con toda mis fuerzas y la melodía de mi canto te perseguirá hasta que advenga la muerte. ¡Triste zorro castrado, sin aliento, escorpión vete!» Yo permanecía allí, no sabiendo a qué atenerme, lo cual, visto por la alondra, mereció otra canción, muy a propósito: «Raza de perro, ¿qué haces allí con tus piernas semejantes a dos escalas muertas,

dónde vas con tus piernas, dulce comedor de inmundicias? Si el escorpión escupe sobre ti, yo escupo sobre la puta mujer del cornudo y castrado del canario, vieja puta que corre tras los excrementos de todos los animales, cochina burguesa, y tú, más cochino aún, pues has soportado su canto sin lanzarte sobre ella y violarla, pues he visto en tus ojos el deseo de revolcarte con ella. ¡Que las ladillas no te concedan tregua en tus noches de loco lúgubre! ¡Vete, podrido!» Después de haber agradecido con la más brillante de mis sonrisas la brillante defensa de la alondra, continúe mi camino babeando a diestra y siniestra con la esperanza de formar una estatua de sal o una bañera portátil, pero en vano: unos conejos se precipitaban inmediatamente sobre mi saliva y en un abrir y cerrar de ojos borraban toda huella de bañera o de diccionario portátil, y desaparecían en seguida no sin reír so capa de mis eruditas preocupaciones de contar con una bañera portátil o un espumador automática. Pero nada podía consolar mi atroz pesadumbre; había comido de mañana algunas hojas embriagantes y me encontraba en un estado cercano a la vulgaridad más ordinaria, y sentía un deseo muy fuerte de beber sangre de víbora o tragar una avispa encinta, o danzar con anteojos atados a las muñecas, mientras una música de latas de sardina me acosaría sin cesar: «Abre tu nido, sucio estiércol, escupe tu oro». A duras penas conseguía calmarme cuando un viento de la última insolencia se desencadenó derrumbando mis últimos proyectos; a duras penas pude protegerme de una lluvia naciente pero de tenacidad ejemplar. Así mojado de sangre como estaba, no quería ni una gota de ella, venida quien sabe de dónde. Chorreaba ella sin vergüenza y alcanzaba a clasificarse entre los fenómenos estúpidos y regulares que constituyen el único e insípido alimento del hombre que sabe vivir dueño de su educación distinguida y coja. Luego de mojar su pañuelo en un poco de lodo y de enrollarlo en torno a mi frente, continúe mi camino en pos de tranquilidad o de una sacudida correcta. Apenas había avanzado unos kilómetros cuando una sanguijuela saltó tratándome con todos los nombres que su imaginación de sanguijuela le permitía; tan pronto me llamaba «casa querida», como decía que yo era «el último de los elegantes»; y continuó, más o menos, con este tono: «Di, pues, tú, víctima tierna de la esencia, tú, último de los elegantes, claro espejo donde bailan las sanguijuelas, ven a enlodarte en mi agua, pedazo de tierra ambulante; ¡si no será vergonzoso ver a semejante patriota llevar calcetines, como un vulgar cretino! Ve a arrojar tus calcetines al rostro de la reina de España, ella te dará una de sus hijas, que tú me traerás, caro y parálítico general, de muletas de paja, sostén del lodo, cabrón desocupado, docto energúmeno, me gustas, pero más me gustaría babear sobre el trono de España». No pudiendo aguantar semejante vecindad, resolví modestamente pasar allí la noche sin escuchar semejantes propuestas, que habrían tenido la ingrata ventaja de conducirme a las cumbres más altas de la fama humana. Pero entonces yo confundía la gloria de una planta que se cultivaba exclusivamente en los burdeles, y ya que no había poseído jamás alguno, no sabía

cómo conducirme. La sanguiuela, muy vejada, cogió una hoja podrida y me dijo con languidez: «He ahí tu manta, oh rey mío, que la noche te sea dulce y que todas las chinches del mundo no logren recordarte que sufres hambre; salvador de la especie humana, viñedo (grand cru), idiota mío, adorado y maldito». «Duerme, panoplia», fue mi última y única respuesta.

Instantes después era yo huésped mimado por las chinches que me hallaron tan poco apetitoso que prefirieron un viejo hueso que ornaba por descuido mi sombrero de viaje, así, aprovechando la ocasión, me puse a meditar en la inutilidad de los viajes y la vulgaridad de las gentes que poco a poco os confinan en la amistad de las únicas trivialidades a las que puede ceder un hombre que no tiene costumbre de chuparse el puño.

¡Trueno de Dios! Las chinches adoptaban aires místicos y discutían interminablemente sobre temas palpitantes: la inmortalidad de las pieles vacías de las chinches, la poesía pura y la belleza de las formas; si la cumbre era o no suficiente para producir el encanallamiento progresivo e irremediable de las masas de liendres; o si el alejandrino iría a tomarse un desquite resaltante en los tiempos futuros. Pero nada les causaba el efecto de una poesía bien lograda, con todas sus sílabas, sin faltar ninguna, y exhalando ese olor particular que exhalan los poemas bien hechos.

Lo que no llegaron a desencadenar mis compañeros de camino se produjo solo: comencé a reír mientras que mi meato lanzaba un chorro inagotable de orina, que tomaba tan pronto la forma de un alejandrino, como la de un soneto, y todas las chinches venían a saludar quedamente mi orina y decían en alta voz: «Una nueva edad de oro empieza, se nos ha dado benevolamente un chorro de sonetos por el arte redescubierto y renaciente. ¡Viva el arte! ¡Viva la forma de cicuta de los versos inmortales!». Cuando dejé de mear, el chorro de sonetos seguía descendiendo a mis pies; presa de horror huía, con toda la fuerza relativa de mis piernas, de esos funestos lugares en donde se me había tomado como iniciador de una nueva edad de oro. A pocos pasos de allí, una serpiente de cabeza humana blandía una lira y un par de tijeras: venía a establecer orden entre las chinches desbordadas por rimas y sonetos; se temía la anarquía, y el chorro debía seguir un camino fluido pero espeso: un camino pegajoso.

México, 17-1-39.

César Moro, el mayor representante de la vanguardia en el Perú, nació el 19 de agosto de 1903. Abandonó el Perú a fines de agosto de 1925 y llegó a París en setiembre de ese año. Tenía como vocación la pintura y ya era conocido como ilustrador de libros y revistas cuando se fue a Europa donde participó en dos Exposiciones colectivas: en el «Cabinet de Maldoror» en Bruselas (Marzo de 1926) y en la «Société Paris-Amériqué Latine» de la ciudad de Francia (Marzo de 1927) se volvió Poeta cuando se convirtió al surrealismo, desenfreno espiritual al que estaba de antemano preparado, pero no abandonó totalmente las artes plásticas. Fue el único peruano que perteneció al primer

RENOMBRE DEL AMOR

El amor dedica al amor
Los días sin lluvia
Y como corresponde los días bellos
Para el amor y sus preferencias
Al prestigio del más antiguo amor
A la lluvia de la palabra amor
Al único amor sin pesar sin dicha sin retorno
Al porvenir de los dementes
A los enterradores a los alegres compañeros de prisión
Al punzante al quemante recuerdo del tatuaje
A mi querida muerte
A quienes dudan todavía
A los tesoros de los ciegos
A las lágrimas
Al agua al viento al fuego al amor
A la esperanza de quien rompe su amor
Al tormento del fuego y del hielo
A los primeros hechos que señalarán la rebelión y la sangre
A las sábanas de los crímenes pasionales
A las hermosas sábanas de los suicidas
A la culata inesperadamente suave del revólver
A las partidas que soplan hasta el aire
A las desgarradoras mañanas de aquel a quien el amor rechaza
Al plomo de las balas
para que quienes sigan indemnes mueran como perros envenenados
Al sufrir de los que despiertan
A las noches vacías
A mi vida perdida
A la pérdida sin pena sin retorno sin dicha de la vida
Para quienes aman y se encogen en su goce
Se alzan y lanzan las primeras maldiciones
Al huracán
A las mañanas más tristes que todo
Para mejor borrar mi nombre
Para sacudir el polvo y tornar el polvo
Para maldecir los instantes que se dicen felices
Para el reloj despertador cargado de pólvora

A las desnudas estatuas de la noche
Al mármol perdido
Po tener un lecho de mármol
Por carecer de tumba
A las señales de fuego del puñal
A los solos los únicos recuerdos sexuales
A la boca de piedra del amor
Al frío nocturno del agua
Para no comenzar de nuevo
Al más tierno amor.

César Moro
(Traducción de Alvaro Mutis)

ENCUENTRO CON CESAR MORO

Después de cierta edad, muy escasa es la lectura que nos maravilla. Las coordenadas y abscisas de nuestras personales preferencias y necesidades van midiendo y ordenando nuestros encuentros con los libros y sus autores, cada uno de los cuales va cayendo en un casillero en donde le espera, seguramente, no poca compañía. Sin embargo, a veces, sucede el milagro. Tal fue para mí el encuentro con César Moro. Un «claro azar» y la generosa providencia de un amigo me pusieron el año pasado en contacto con las obras de Moro, sus tres tomos de poemas y su colección de ensayos. Aún persiste en mí el temblor interno de una inagotable maravilla.

La poesía de Moro, escrita en buena parte en lengua francesa, permanece ya definitivamente como uno de los verdaderos y perdurables aportes del surrealismo a la lírica de nuestro tiempo. Con ciertos poemas de Desnos, con la obra de Péret y algunos libros de Bretón, los poemas de Moro permanecen para probar la indudable eficacia de una aventura no siempre todo lo limpia y definitiva que los citados poetas hubieran querido. No siendo su idioma propio, el francés de Moro tiene una densa riqueza sugerente a tiempo que una inquietante precisión que lo hace prácticamente intraducible.

La prosa de Moro es, sin duda, junto con la de Octavio Paz, el más lúcido instrumento de examen y crítica de que yo tenga noticia en nuestra América presente. Hay en ella una inflexibilidad, una severidad entusiasta y una ausencia total del menor compromiso que no sea con el rigor de una conciencia siempre a flor de piel, cosas muy raras, casi inencontrables en nuestro continente del alegre compadrazgo y del ferviente entusiasmo invertebrado. Sus páginas sobre Proust,

RENOMBRE DEL AMOR

El amor dedica al amor
Los días sin lluvia
Y como corresponde los días bellos
Para el amor y sus preferencias
Al prestigio del más antiguo amor
A la lluvia de la palabra amor
Al único amor sin pesar sin dicha sin retorno
Al porvenir de los dementes
A los enterradores a los alegres compañeros de prisión
Al punzante al quemante recuerdo del tatuaje
A mi querida muerte
A quienes dudan todavía
A los tesoros de los ciegos
A las lágrimas
Al agua al viento al fuego al amor
A la esperanza de quien rompe su amor
Al tormento del fuego y del hielo
A los primeros hechos que señalarán la rebelión y la sangre
A las sábanas de los crímenes pasionales
A las hermosas sábanas de los suicidas
A la culata inesperadamente suave del revólver
A las partidas que soplan hasta el aire
A las desgarradoras mañanas de aquel a quien el amor rechaza
Al plomo de las balas
para que quienes sigan indemnes mueran como perros envenenados
Al sufrir de los que despiertan
A las noches vacías
A mi vida perdida
A la pérdida sin pena sin retorno sin dicha de la vida
Para quienes aman y se encogen en su goce
Se alzan y lanzan las primeras maldiciones
Al huracán
A las mañanas más tristes que todo
Para mejor borrar mi nombre
Para sacudir el polvo y tornar el polvo
Para maldecir los instantes que se dicen felices
Para el reloj despertador cargado de pólvora

A las desnudas estatuas de la noche
Al mármol perdido
Po tener un lecho de mármol
Por carecer de tumba
A las señales de fuego del puñal
A los solos los únicos recuerdos sexuales
A la boca de piedra del amor
Al frío nocturno del agua
Para no comenzar de nuevo
Al más tierno amor.

César Moro
(Traducción de Alvaro Mutis)

ENCUENTRO CON CESAR MORO

Después de cierta edad, muy escasa es la lectura que nos maravilla. Las coordenadas y abscisas de nuestras personales preferencias y necesidades van midiendo y ordenando nuestros encuentros con los libros y sus autores, cada uno de los cuales va cayendo en un casillero en donde le espera, seguramente, no poca compañía. Sin embargo, a veces, sucede el milagro. Tal fue para mí el encuentro con César Moro. Un «claro azar» y la generosa providencia de un amigo me pusieron el año pasado en contacto con las obras de Moro, sus tres tomos de poemas y su colección de ensayos. Aún persiste en mí el temblor interno de una inagotable maravilla.

La poesía de Moro, escrita en buena parte en lengua francesa, permanece ya definitivamente como uno de los verdaderos y perdurables aportes del surrealismo a la lírica de nuestro tiempo. Con ciertos poemas de Desnos, con la obra de Péret y algunos libros de Bretón, los poemas de Moro permanecen para probar la indudable eficacia de una aventura no siempre todo lo limpia y definitiva que los citados poetas hubieran querido. No siendo su idioma propio, el francés de Moro tiene una densa riqueza sugerente a tiempo que una inquietante precisión que lo hace prácticamente intraducible.

La prosa de Moro es, sin duda, junto con la de Octavio Paz, el más lúcido instrumento de examen y crítica de que yo tenga noticia en nuestra América presente. Hay en ella una inflexibilidad, una severidad entusiasta y una ausencia total del menor compromiso que no sea con el rigor de una conciencia siempre a flor de piel, cosas muy raras, casi inencontrables en nuestro continente del alegre compadrazgo y del ferviente entusiasmo invertebrado. Sus páginas sobre Proust,

sobre Bonnard, sobre su patria peruana tan conocida y sufrida por él, son un ejemplo inagotable cuya frecuentación debería ser obligatoria para todo escritor novel y, sobre todo, para todo crítico espontáneo y fugaz de los que tanto padecemos en nuestras tierras «de siete colores».

Como un homenaje a Moro y, de paso, al amigo que me hiciera posible su lectura, he intentado una versión, hartamente aproximada por cierto, de un poema suyo casi desconocido, que apareció en la revista LE SURREALISME AU SERVICE DE LA REVOLUTION que publicaba Bretón allá por los primeros años treinta y que tuvo muy efímera duración. Este poema es una muestra hermosísima de una poesía que, por su rigor y sus vastos dominios de sombra luminosa y transparente delirio, no tiene igual ni antecedente en la lírica de nuestra América.

Quiero insistir en el carácter puramente provisional y aproximativo de esta versión, de cuya ineficacia soy el primero en darme cuenta. Otros días vendrán, espero, cuando con mayor calma, intentemos tal vez con mejor suerte dar en español una versión más justa de esta poesía admirable.

Alvaro Mutis

ENSUEÑO INDESCIFRABLE

Publicación de Expresión Libre N.º 4 Setiembre de 1998



ENSUEÑO INDESCIFRABLE:

Walter Espinoza, Martín Celio, Christian Gamboa, Dimensión de los Ecos.

CARATULA: "Formas en el espacio" - 1920
Kurt Schwitters.

AGRADECIMIENTOS:

André Coyné, Antonio Requeni, Ruth Fernández, Ekaterine Mijailova, Eduardo Cahuana, Carlos Hidalgo, César Pita, José Ángel Mañas.

Para colaborar en próximos números comunicarse al teléfono 274-1251.

Correspondencia:

Calle Manco Inca II - 464

Urb. Los Próceres - Lima 33 - PERU.

KURT SCHWITTERS: 50 AÑOS

*«Merz está en contra de todas las ataduras
y a favor de la libertad»*

Kurt Schwitters

Kurt Schwitters fue, sin duda, uno de esos revolucionarios del Arte que prácticamente lo ponen todo en duda. Nació en Hannover el 20 de junio de 1887, era hijo de un acomodado comerciante de productos textiles. Cuando era niño tenía un pequeño jardín en el que crecían rosas y fresas. Después de graduarse en el colegio secundario de Hannover, fue a Dresden a estudiar técnica pictórica con Bantzer, Kühl y Hegenbarth. Aunque no lo unió ningún lazo formal ni con el movimiento Dadá ni con el Surrealista, la trayectoria de Schwitters como poeta, escultor y pintor marcha paralelamente, en algunos aspectos, a la de esas expresiones irracionales. Su poesía estaba llena de fantasías lingüísticas; las combinaciones de objetos de su Merzbau y sus pinturas Merz lo estaban de fantasía visual. En 1917, después de un período de pintura académica, se entregó al arte abstracto. En 1918 los cuadros de Kurt Schwitters eran yuxtaposiciones de cartones, maderas, alambres y objetos rotos. Sus primeros collages de objetos inconexos datan de 1919. La actitud de Schwitters en el campo de la estética sería singularmente radical; asustó a los representantes y defensores de las concepciones convencionales y entusiasmo a la vanguardia.

Durante los años veinte se asoció para diversas empresas con Arp, Tristan Tzara y otros artistas de tendencia Dadá. En 1929 participó con nueve obras en la exposición de pintura abstracta y Surrealista en el Künstausschuss de Zürich y también fue incluido en la «Fantastic Art Dada and Surrealism» del Museo de Arte moderno de Nueva York, en 1936.

Aunque «oficialmente» Kurt Schwitters no era miembro del grupo Dadá ni Surrealista, en sus obras hallamos elementos de ambas tendencias, sin embargo es necesario recordar que era un verdadero innovador de la creatividad plástica moderna. A la pregunta ¿Qué es el Arte? respondió «¿Qué no es?» y esto puede considerarse paradójicamente, una declaración antiarte, dado que negaba una posición especial de privilegio para una forma particular de expresión. En 1918 un círculo de auténticos dadaístas se reunió en Berlín y fundó el «Club Dadá» que se tornaría tan exclusivista como el «Herrenklub», al cual pertenecía un tal señor Von Papen y otros distinguidos caballeros.

«Cierta día -refiere Hausmann en su Courrier Dada- un tal Kurt Schwitters natural de Hannover fue rechazado cuando solicitó su admisión». Este rechazo provocó un antagonismo que habría de durar años. Huelsenbeck, en efecto, nunca

Se entendía particularmente bien con Arp. En muchos sentidos, ambos hablaban «el mismo lenguaje»: una especie de dialecto esquizofrénico sumamente refinado, un alemán totalmente inconventional». Con ese instrumento obtenían los ritmos, las asociaciones y las formas más coloreadas, insospechadas e inéditas y, en consecuencia, nuevas experiencias, nuevos pensamientos y nuevas sensaciones. Nadie sabía recitar como él. Acaso Hausmann tenga razón cuando afirma (en una carta) que la Ur-sonate de Schwitters se basa en su poema fonético Rfmsbwe. Pero lo que Schwitters hizo y la manera en que lo decía eran en absoluto diferentes.

«Jamás se conocía un instante de hastío cuando «Kurtchen» estaba presente -escribió Hans Richter-. Encaraba terriblemente en serio todo lo que hacía, incluso lo que nosotros tomabamos como bromas suyas. Esta ambivalencia desconcertante ocultaba una energía increíble que, hay que admitirlo, en el cincuenta por ciento de los casos se liberaba mediante una explosión de risa. Pero siempre era una explosión de risa de un género muy particular, una risa que despertaba y estimulaba el espíritu».

Entre los años 25-28 Schwitters se hallaba en giras de conferencias por Holanda y otras partes sobre Dadá. Estas giras le pusieron en contacto con los pintores y arquitectos holandeses del grupo de «De Stijl» que tenían cierto enlace con el Dadá a través de Theo Van Doesburg, pero se interesaban más por las aplicaciones prácticas del diseño abstracto. En aquellos años publicaba la revista Merz, en algunos números del cual aparecen colaboraciones de Arp, Picabia y Tristan Tzara, así como de miembros de «De Stijl», pero por temperamento Schwitters no era Dadaísta rebelde ni un diseñador atado a una geometría severa, sino un artista que tendía hacia un surrealismo poético de tipo personal.

SCHWITTERS, EL POETA

Schwitters se dedicó también a la literatura. Probó su ingenio en creaciones y acuñaciones verbales tan abstrusas como de carácter enteramente abstracto. En el poema «Ana Blume» (Ana Flor) el artista, hijo de burgueses, hizo mofa del blandengue sentimentalismo de la pequeña burguesía.

Fue el poema fonético de Raoul Hausmann Rfmsbwe (de 1920) la que habría de originar la muy clásica Ur-sonate de Schwitters quien no sólo se inspirara en Hausmann sino que además utiliza la misma secuencia inicial de letras.

«Recuerdo, al respecto, el primer recital público de la Ur-sonate de Schwitters, en casa de la señora Kiepenheuer, en Postdam, hacia 1925 -ha escrito Hans Richter en su libro Dada art and Anti-art (1964)-. Se había invitado a la «gente bien», lo que significaba, en el feudo militar del antiguo imperio prusiano, una multitud de generales retirados y otros figurones.

Schwitters, con sus dos metros de altura erguido en el podio, atacó la Ur-sonate con sílbidos, gritos y graznidos ante un público totalmente ignorante de todo lo moderno. Al comienzo la consternación fue general, pero al cabo de dos minutos el primer impacto comenzó a disiparse. Durante los cinco minutos siguientes el respeto inspirado por la honorable casa de la señora Kiepenheuer frenó las protestas, pero ese impulso reprimido no hizo más que acumular la tensión. Vi maravillado, justo delante de mí, a dos generales que se mordían los labios para no reír, mientras sus rostros, por encima de los cuellos postizos, se tornaban azules. Y de pronto perdieron todo control: estallaron de risa, y el público entero, liberado de la presión acumulada, estalló también en una verdadera orgía de hilaridad. Las viejas damas distinguidas, los generales acartonados, todos aullaban de risa, tosían y se golpeaban los muslos tratando de retomar el aliento. Pero nada de eso podía alterar en lo más mínimo a Kurtchen. Simplemente elevó su voz poderosa y bien ejercitada hasta la intensidad sonora N° 10, dominando de tal modo la tempestad que las risas acabaron por convertirse casi en una música de acompañamiento para la Ur-sonate. Se desencadenaban en torno de él como ese mar con el cual, dos mil años antes, Demóstenes había medido la fuerza de su voz. Pero el huracán se calmó tan rápido como se había originado, y Schwitters pudo terminar su Ur-sonate sin otra interrupción. El resultado fue fantástico. Los generales, las ricas damas que al principio se habían reído hasta llorar, se aproximaban a Schwitters con lágrimas en los ojos para expresarle su admiración, su reconocimiento, balbuceando casi de entusiasmo. Algo inesperado se había manifestado en ellos: una gran alegría».

Su humor y su espíritu simplemente formaban parte de su libertad de hombre y de artista, aunque fuera de verdad un pequeño burgués, más avaro que generoso, propietario de una casa que alquilaba por pisos y cuyos alquileres cobraba personalmente todos los meses. Sabía hacer cuentas. Sólo viajaba en cuarta clase, arrastrando consigo a todas partes dos cartapacios inmensos y muy pesados (uno sobre el pecho, el otro a la espalda), repletos de collages (y de cartones de todo tamaño destinados a otros collages que tal vez se le ocurriera hacer por el camino). Dondequiera que fuese vendía collages que extraía de su gigantescas carpetas al precio de 20 marcos cada uno.

Por sus maneras francas y desenvueltas se parecía a Van Doesburg, con quien emprendió un viaje cultural Dadá a través de Holanda. Does una vez que encontró a Dadá se consagró a él por entero. Con Nelly, su mujer, una pianista que ejecutaba música moderna, y con Schwitters, realizó una gira Dadá, única en su género, a través de los Países bajos. Does se presentaba como conferencista y explicaba el Espíritu de Dadá. Tales disertaciones eran interrumpidas de cuando en cuando por un ladrido muy bien imitado, procedente del público. Cuando el auditorio se aprestaba a poner en la calle a ese señor inmensamente alto que ladraba, el conferencista desde lo alto del estrado lo presentaba como Kurt Schwitters.

1/25

Entonces no sólo no era arrojado a la calle, sino que ascendía al escenario, donde otros sonidos se sucedían a los ladridos, además de poemas más o menos naturalistas como Anna Blume o la espléndida Revolución in Revon.

Esa realidad sacaba a la audiencia de su placidez y su efecto nunca fallaba. En todas partes el público participaba en el procedimiento, sin advertir que todo había sido previsto de antemano. Así fue como Van Doesburg, quien como dadaísta se había atribuido el nombre de Bonset, introdujo el Dadaísmo en Holanda.

Es difícil comprender cómo Schwitters, que casi siempre andaba en giras de conferencias o de ventas, pudo producir tanto en Hannover. Visitó Leipzig y Praga con Hausmann; Holanda, Suiza y Francia con Doesburg. Y en todas partes desarmaba a un público que asistía para concurrir a un acto de salvajismo dadaísta por su fuerza de convicción inquebrantable y su carácter sin dobleces.

Un día decidió conocer a George Grosz. Grosz era muy huraño, y el odio expresado en sus cuadros a veces le brotaba por todos los poros. No obstante, para Schwitters no existían obstáculos. Quería conocer a Grosz y Mehring lo acompañó hasta el piso donde aquél habitaba. Schwitters llamó. Grosz abrió la puerta. «Buen día señor Grosz, mi nombre es Schwitters». «¡Yo no soy Grosz!» le respondió éste cerrándole la puerta en las narices. No había nada que hacer. Schwitters y Mehring descendían la escalera cuando Schwitters se detuvo de pronto. «Un momento», dijo, y volvió a subir; llamó nuevamente al departamento de Grosz. Este, furioso por ser molestado por segunda vez, reapareció en la puerta, pero antes de que pudiera abrir la boca Schwitters le dijo: «Sepa usted por lo demás que yo tampoco soy Schwitters», y se fue. Telón. Jamás volvieron a verse.

Pese a su incesante actividad, sabía perfectamente lo que hacía. Tras sus actos regidos en apariencia por el azar integral y la ausencia total de premeditación detrás de la espontaneidad de sus decisiones, se ocultaba una inteligencia aguda y disciplinada.

He aquí unos textos que escribiera Kurt Schwitters:

El crítico de Arte

es una bestia curiosa. Por delante es un camello, por detrás una ventana.

OTOÑO (1909)

La Selva está silenciosa en su pena
con paciencia debe sufrir

la partida de su amado prometido

El Verano.

En 1937 abandona Alemania, pues fue perseguido porque no confiaban en «su locura». Cuando los Alemanes invadieron Noruega, nación en la que «Kurtchen» se había refugiado, escapó en un rompehielos rumbo hacia Escocia. En 1945 se instaló en Lake district, cerca de Ambleside Inglaterra, lugar donde murió el año de 1948, a poco de cumplir los sesenta años.

ETERNIDAD

"Nada pretendo en este poema
si no es desanudar mi garganta"

Alejandra Pizarnik

Recuerdo la presencia intemporal de aquel anciano
su voz decía:

"Imposible...

no puedo olvidar la historia de aquel hombre...

Caminaba sobre la superficie del tiempo

porque la lluvia siempre alimentaba la muerte del poema...

Observó el sonido interminable del océano
y la dimensión de los ecos.

"Eternidad:

Lentitud de cuerpos.

en la música"

Recuerdo la tristeza de su voz ...
el silencio era sombra de tormentas
en el mar.

Finalmente
escribió en el viento: "El Poema: Manantial del horizonte
atravesando la distancia"

después eternidad
y las palabras gritaban poemas de naturaleza lunar
pero ellos ocultaron la mirada
porque la vida era la mentira de todos;
sólo el anciano se acercó a mi cuerpo
observó el desierto de mis ojos

lentamente

y se alejó hacia el mar
atravesando las sombra sideral de los ocasos
entonces
en la soledad de aquella multitud
mientras el cuerpo del anciano comenzaba rápidamente a sumergirse en la violencia de
las olas

comprendí la certeza inevitable
me había descubierto
y hablaba de mi propia muerte.

Ahora, después de mil años
en la soledad de mi habitación
sólo recuerdo...



*"El arte es un concepto primordial, exaltado como
un totem, tan inexplicable como la vida
imposible de definir y sin propósito"*

Kurt Schwitters